

## Horacio en la alberca

**VIENE EL AVIÓN hacia la ciudad, perdiendo altura,** ganando cabecera de pista. Sobrevuela urbanizaciones. Olivares, barbechos que ya no dan trigo, cabezos de los Alcores fueron parcelados. Carreteras asfaltadas recorren ahora los que fueron caminos. Se adivinan las verjas, los porches de blancos muebles de terraza, el cobertizo para estacionar el coche y lavarlo a manguerazo limpio como distracción del fin de semana. Y las piscinas. Desde la ventanilla del avión se ve tantas piscinas como casas. Piscinas que, a veces, ocupan casi toda la parcelita. Piscinas para refrescar noches de barbacoa y televisor con partido de trofeo veraniego sacado al porche. Piscinas mayores y menores. Algunas, como pilones que incluso desde al avión, se adivinan prefabricados. Hicieron un hoyo grande en el jardín, llegó el camión con la piscina prefabricada y a las pocas horas ya estaban los niños chapoteando con los flotadores. Lo que has escuchado, con crueldad, tantas veces de quien ridiculizaba a unos amigos con parcelita:

-- Y tienen una piscina. Bueno, piscina... Ellos la llaman piscina, pero en realidad es un pilón grande...

Me fijo desde la ventanilla, ahora que el avión va perdiendo altura, y encuentro, qué maravilla, una alberca. Desde la altura, todas las piscinas de los chalés son iguales, azules, como el Beverly Hills en miniatura que quieren ser. La alberca, no. La alberca, desde la altura, tiene el verdoso color del frescor. El color de la memoria del verano. Un prodigio. En un cortijo que no ha perdido la forma de tal, hacienda aún no parcelada, con su empedrado patio de gañanía y su torre de viga de almazara, con la espadaña del oratorio y la veleta del arco donde anidan las cigüeñas, está la alberca. No la piscina. Sin depuradora, sin césped alrededor. Sin barbacoa prefabricada de Leroy Merlin en un ángulo. Sin escalerillas de aluminio. La alberca de toda la vida. La alberca de regar las huertas. La alberca que no es un hoyo impersonal y azulado, prefabricado, que se hunde en el suelo de la parcelita, sino la alberca que se eleva sobre los bancales de la huerta, construida con muros de adobe, para que el agua llegue por los regajos a los tomates, a las sandías, a los naranjos. ¿Qué mejor riego por goteo que el goteo de la lenta lengua de agua que invadía los canales de riego cuando le quitaban el tapón a la alberca? Nos mandaban llamar para ver la maravilla del espectáculo del agua:

-- ¡Niños, venid corriendo, que le van a quitar el tapón a la alberca!

Y le quitaban aquel tocón de rama de eucalipto cubierto con arpillera de saco, como el ariete de una película de romanos, y salía, plata verdosa, el agua de la alberca camino de los melones, de las sandías, por los bancales abajo... No hacía falta depuradora. ¿Qué mejor depuradora que el caño de agua que manaba de la sierra y que permanentemente, día y noche, brotaba del venero y saltaba en la fuente que presidía la alberca, con una imagen en azulejos, San Cayetano, la Virgen del Carmen, San Isidro? Ni en los años de sequía faltaba aquel caño del venero de la alberca. Algunos veranos caía con menor fuerza en aquel piloncillo donde enfriábamos los bruños de la merienda y el melón del postre, y las botellas de cerveza del almuerzo. Nos decían:

-- Es que ha sido un invierno muy seco, pero este venero nunca se agosta...

Como no se agosta, cuando vamos sobrevolando piscinas, la memoria de la alberca, niños en calzoncillos blancos que hacían de bañador, de cabeza a aquel paraíso donde había que quitar la capa de limo, por la que correteaban insectos

como extraterrestres, de flotantes patas, veloces. O bajo la que estaban las asquerosas bichas de agua. Daba lo mismo. Le robábamos plata a los riegos, cuando llegaba Clemente, el dueño de la huerta donde dejaban que nos bañáramos:

-- Venga, a ver si termináis ya con los baños, que Clemente tiene que regar...

La morera le daba sombra, como se la daban el nogal y la higuera. Luego, en la Facultad, cuando teníamos que traducir a Horacio, nos acordábamos del paisaje idílico de la alberca. Había un silencio de tarde con eras aprovechando la marea del poniente a lo lejos, quebrado por los gritos de los niños en la alberca. Fría como ella sola, que de la sierra venía el caño que nunca se agotaba. Será un milagro del San Cayetano del azulejo de la fuente, nos decían, mientras nos sacaban de la alberca, nos daban las toallas de aquellos colores espantosos, rosas, celestes, toallas siempre húmedas, hechas más para un palanganero que para los tiritones al lado de los gruesos muros blanqueados de la alberca, la eterna lucha de la cal contra la verdina de las bichas de agua y el limo de los rincones, el que se te pegaba a los dedos cuando ponías los pies en el fondo cenagoso.

Le decíamos "alberca" y es como si estuviéramos certificando que aquella noria era del tiempo de los moros. Cuando hacíamos la traducción de Horacio comprobamos más tarde que más romana no podía ser. Merecía en verdad una palabra tan del latín como "piscina". Estas piscinas que ahora sobrevolamos, donde no hay niños que descubran la naturaleza en el borbotón de agua cuando le quitan el tapón a la alberca. Fuimos, quizá, la última generación que se bañó en las albercas de riego. En los presocráticos aprendimos que no puede uno bañarse dos veces en el mismo río, y ahora, contemplando piscinas de urbanizaciones desde la ventanilla del avión, comprobamos que nunca nadie más podrá bañarse en aquellas horacianas albercas.

## El desconocido dueño de Mango

**NO ERA CIERTAMENTE el padre de Antonio David** Flores, o por lo menos no le hizo caso, aquel guardia civil que le dijo a su hijo, como norma de conducta:

-- Actúa siempre en la vida de modo que nunca tengas que salir en los periódicos.

Ahora muchos viven justamente para lo contrario: para salir en los periódicos. O viven de lo contrario: de salir en los periódicos sin causa justificada. ¿Qué es, si no, el mundo de las exclusivas? Salen mucho los que no debían de salir nada y no salen nada... los que no quieren. Muchas de las aparentemente sorprendidas por el fotógrafo lo son porque ellas mismas avisaron por teléfono a la agencia, diciendo que iban a tomar en Atocha el Ave de las 6 de la tarde o en Barajas el avión de las 10. La cadena de San Antonio es nada al lado de la cadena de esa bola de nieve de los profesionales de la notoriedad, cuando no del escándalo. De los que podrían llevar escrito en el carné de identidad: *profesión, famoso*. Salen mucho en los periódicos y en las televisiones por sólo una causa: porque salen mucho en el periódico y en la televisión, y que rueda la bola... Sale desmintiendo lo que no tenía el menor interés que se hubiera publicado. Bueno, sí, ellos sí tienen mucho interés en que salga. ¿No van a tener, si viven de eso, de fabricar presuntas noticias en forma de pamplinas y de tonterías?

Por si no tuviera claro que el que no quiere, no sale, Carmiña Leyva y Carlos Telmo, que son auténtica y seriamente profesionales de estas materias, me lo acaban de confirmar. Leyva y Telmo (que ellos escriben naturalmente *Leyva & Telmo*, que parece más americano) son dos amigos que tienen una agencia de relaciones públicas, que lo mismo le organiza un cóctel al Hotel Alfonso XIII que le inauguran a Loewe una tienda reformada en Sevilla. Son, en cierto modo, mayores del famoseo. Si el organizador quiere, le llenan aquello de profesionales de la fama y, tras ellos, de cámaras de todos los programas televisivos del corazón habidos y por haber y de toda la prensa especializada en la exhibición de notables de tres al cuarto y sobresalientes del famoseo.

Ahora, Carlos Telmo y Carmiña Leyva han organizado la parte de relaciones públicas de la inauguración de la nueva tienda de la tienda jerezana de Mango, en una casa restaurada en la calle Larga. En ese acto estuvo el dueño de Mango, pero, qué maravilla, no se enteró nadie, y eso que aquello estaba así de fotógrafos y de prensa del corazón, y a pesar de que era quien pagaba las copas y el convite. El dueño de Mango es de la misma ley, buena ley, de Amancio Ortega, el dueño de Zara, de los que saben que en los periódicos, tal como están las cosas, cada día salen más chufas y menos gente interesante. De los que tienen claro que la gente importante de verdad, lo que se dice importante, no los conoce nadie. ¿Quién conoce al primer contribuyente de Vizcaya? Pues yo creo que ni los recaudadores de impuesto revolucionario de la ETA, que ya es decir. ¿Quién sabe quién es el más rico de Madrid? ¿El que va de rico por la vida, con el Jaguar a la puerta, y se pasa el día convidando a aquella mesa y a la otra de Jockey? ¿O un señor que media Extremadura es suya, media Castilla y parte de Aragón y nadie sabe su nombre? Yo creo que más bien esto último. Casi nadie sabe, por ejemplo, que el primer latifundista de España es Samuel Flores. Entre otras cosas, porque Samuel Flores no va por ahí vestido de señorito, a caballo, alardeando de latifundio, sino que tiene sus fincas, da sus cacerías sin que se entere nadie, cobra sus cosechas y me imagino que vive como un marqués... pero pudiendo, porque los marqueses viven a menudo del sablazo sin saber esgrima y sin haber leído siquiera la novela de Arturo Pérez Reverte.

En la inauguración de la tienda Mango de Jerez, Leyva y Telmo lo más que consiguieron fue de que, al final del copetín, les presentaran al misterioso dueño de esta cadena que factura al año no sé cuántos miles de millones. Pero, tras estrecharle la mano y recibir de su parte el agradecimiento más que cortés por su trabajo, de lo que único que lograron enterarse fue de que este desconocido dueño de Mango se llama Isaac y es catalán. Ole. Otro de la espléndida grey del dueño de Zara, un Amancio menos conocido que el histórico del Real Madrid. Cuando tenemos hasta en la sopa a cualquier autoproclamada diseñadora que ni siquiera tiene taller propio de costura, sino que le cose una modista amiga suya. El dueño de Zara y el dueño de Mango son como el empresario Benjumea Puigcevert en sus buenos tiempos, de quien se cuenta que tenía un jefe de prensa cuyo único trabajo era llamar a los periódicos para rogarles que no publicaran la foto que descuidadamente le habían tomado a don Javier en un acto público. En esta depravación del famoseo, menos mal que todavía hay clases y categorías, y que como se es verdaderamente importante es no saliendo bajo ningún concepto, no estando todo el día en los periódicos y en las revistas. Joselito el torero, José Arroyo, se ha casado. ¿Usted ha visto una foto de la novia? ¿Usted sabe acaso que tuviera novia? Joselito es un artista de la tauromaquia, no un profesional de salir en los papeles, y lo tiene claro. Hay que empezar a decir que lo elegante es no salir en los periódicos. Porque suena a burda caricatura que se conozca como de la familia a ese tal Neyra, un bailarín de tres al cuarto que dice que ha puesto una tienda de corbatas, y que apenas se sepa el nombre del dueño de Zara o de Mango.

## Carta de cafés, carta de té

**PRESUMO DE VIVIR en una de las ciudades del mundo** que tiene mayor cultura del café. Un pedante diría que está instalada en la civilización del moka. Café con rito, o, lo que es lo mismo, acompañado de vaso de agua que te ponen sin que lo pidas, como en Viena, sin que lo pidas, te ponen lo que aquí es una batalla: la leche aparte, para que tú te la sirvas del modo que tengas más por conveniente. Igual que otros presumen de vivir donde mejor tiran la cerveza de grifo, o donde ponen para el copeo el mejor rioja o el mejor jerez, nosotros nos vanagloriamos de tener los bares que sirven el mejor café del mundo, ora en vaso, casi a la marroquina, influencia cierta del té, ora en taza. Pero siempre espumoso, con su mágica proporción de torrefacto. Sí, ya sé la crítica que nos hacen los muy cafeteros, adiós, Juan Valdés: que más que la pureza del café nos dejamos sorprender por el color de su mezcla de torrefacto, lo cual quiere decir que por lo menos sean de Angora los gatos que nos den por liebre.

La ciudad, como todas, se está llenando con la nueva moda franquiciada de las boutiques del café. Locales bastante acogedores y simpáticos, por cierto, puestos con buen gusto, siempre una pared de ladrillo visto, siempre unas pizarras con anotaciones en tiza, como tabernas irlandesas, con unos veladores con tapa de mármol, un largo mostrador a menudo con barra de verdad, bruñida barra de latón que lo recorre, donde te sirven toda suerte de clases y procedencias de café. Echo en falta, empero, la carta de cafés. En estos lugares exquisitos te sirven Colombia, o Kenia, o Puerto Rico... ¿Pero de qué marca? Pues anda que no hay marcas de café en Colombia... Es como si todos los riojas fueran Rioja, y no marqués de esto ni marqués de lo otro, no añada del 96, no reserva del 92, sino, ¡hala!, Rioja. Es como si las cartas de vino de los restaurantes se limitaran a poner una lista de denominaciones de origen: Rioja, Ribera, Penedés, Condado, Jumilla, Valdepeñas... Pues anda que no hay riberas en la Ribera del Duero ni hay blancos distintos en el Condado de Huelva.

Los adictos al café tendríamos, como consumidores, que dar el golpe de estado y conseguir que nos sirvieran la marca que pedimos. Me acuerdo del viejo pasodoble publicitario del Fundador, cuando en Jerez se hacían aún coñac, antes del pleito, y aún no brandis:

*En la sencilla taberna  
y el modernísimo bar  
todo el que bebe y alterna  
exige el mejor coñac.  
Si el camarero pregunta  
"¿Qué marca quiere el señor?",  
no hay que no responda:  
"Sólo quiero Fundador..."*

Bueno, pues igual que el cliente del pasodoble publicitario del Fundador, cuando pedimos café tras los postres de un restaurante medio buenecito, nos deberían preguntar qué marca de café queremos. No es lo mismo La Estrella que Saimaza, ni Catunambú ni el Malongó. Si para la comida he pedido, y me han traído, Marqués de Cáceres del 95, ¿por qué me van a dar tras los postres un café de garrafa, un café que sabe Dios de dónde viene y cómo es?

Y nada digo del té. No hablo ya del escapulario de Santa María Hornimans, que muchos exigimos, por la antigua observancia, que nos lo pongan por lo menos dentro de una tetera y no metido en un vaso, como muestra orgánica de laboratorio en formol. Hablo de las muchas clases de té que hay, a las que se pertenece con lealtad de secta. Bajas al comedor de los hoteles que presumen de buenos, tomas asiento a la mesa, se te acerca el camarero para anotar la comanda del desayuno en el espantoso bufé de las mortadelas pseudoalemanas y las como hormigoneras de huevos revueltos, y le dices:

-- Voy a tomar té. ¿Qué marcas tienen?

-- No, solamente tenemos Dueños del Loro... Todo el té es marca Dueños del Loro...

Y te quedas sin tu Hornimans de cada mañana, sin tu Lipton de cada tarde, por sólo citar dos de las marcas más conocidas, aparte de esos espantosos Dueños del Loro que parecen los amos de los desayunos adocenados de toda la hostelería española. No digo ya que tengan el té inglés exquisito que acopias en Harrods cuando vas a Londres, del que te traes cuando, en Marbella o en Barcelona, acudes al culto de las maravillas que María Vidal tienen en Semon. Digo algo más elemental, como que nos dejen elegir marca de café o marca de té. Nada, no hay forma de que en aquella misma mesa donde a las 3 de la tarde podrás pedir el blanco Pesquera o Waltraud, a las 8 y media de la mañana puedas pedir tu té Hornimans de siempre o tu sevillano Catunambú de toda la vida.

Como que los consumidores deberíamos corporativamente tomar cartas en el asunto y exigir en los sitios medio buenecitos cartas de cafés y cartas de té, del mismo modo que en algunos lugares como Dios manda hay ya cartas de aguas minerales.

## La terrible lista de los Reyes Godos

**EVIDENTEMENTE, LA dictadura de Franco se estaba** reblandeciendo a aquellas alturas en que se había constituido la ONU, había sido promulgada la Declaración Universal de los Derechos Humanos y habían llegado los americanos a Torrejón, Zaragoza, Rota y Morón. Razones todas por las cuales nos libramos de tener que aprendernos, uno por uno, todos y por su orden, como hasta hacía apenas unos años, la lista completa de los Reyes Godos, con pedrea, aproximación y centena.

Nos teníamos que aprender de memoria, de carretilla, las obras de misericordia, los frutos del Espíritu Santo, las tres capitales de Aragón, las valencias de flúor, cloro, bromo y yodo, la declinación del singular y del plural de *rosa-rosae*, la fórmula del ácido sulfúrico, la métrica de la octava real... Pero nos habíamos librado de la terrible lista de los Reyes Godos. Bastaba con aprenderse como un resumen de lo publicado de aquel culebrón de la Historia, como la solapa del libro de la Edad Media. Era facilísimo aprenderse el pasavolante que nuestros ya abiertos y casi permisivos planes de estudio le pegaban a la lista de los Reyes Godos, aquel regate que parecía de Di Stefano o de Puskas. Por lo facilongo que era, nunca se nos olvidó. Miren lo que decía:

"Los Reyes Godos fueron 33, pero los más famosos fueron 4: Ataúlfo, Recaredo, Wamba y Don Rodrigo"...

¿Y los demás? A los demás, que les vayan dando. Los demás, para el terror de las promociones anteriores de alumnos de Primaria y Secundaria, de monjas y curas y de institutos. Leovigildo no existió para nosotros, y por ello fuimos aproximadamente felices. De Suintila no sabíamos absolutamente nada, a pesar de lo cual podíamos llevar al cine a aquella niña tan guapa de las Esclavas Concepcionistas cuyos amoríos se disputaba media clase. Los Reyes Godos estaban en las estatuas de la Plaza de Oriente, ay, dolor, pero eran como esculturas innominadas, como monumentos al soldado desconocido de aquel tebeo de moros y cristianos, de malos y buenos, de invasores y resistentes, como "El Guerrero del Antifaz", en que nos habían convertido la enseñanza de la Historia de España. Es más: nunca llegamos a saber exactamente si los puñeteros Reyes Godos eran de los buenos o eran de los malos. Puestos en el tebeo de la Historia, hasta había un oso, como Yogui, un oso que le había dado un abrazo mortal a uno de los Reyes Godos. Pero como ya nos libramos de aprendernos la lista completa, nunca supimos a quién se pasaportó el oso. ¿Fue a Favila, fue a Witiza, o fue a Manote en Linares acaso?

Los mayores, los del plan antiguo, presumiendo, nos decían:

-- ¿A qué no te sabes la lista de los Reyes Godos?

-- Sí, Ataúlfo, Recaredo, Wamba y Don Rodrigo...

-- No, la lista completa...

-- La lista completa no va a examen. Si ni siquiera viene en la letra chica...

Nuestras promociones escolares de los 50 demostraron que con sólo cuatro Reyes Godos se podía vivir perfectamente. Que aunque ya nadábamos en una relativa abundancia con la leche de los americanos y el queso de color rosa que repartían en los colegios, se podía aplicar la cartilla de racionamiento con efectos retroactivos a la lista de los Reyes Godos. Y los cuatro famosos que nos quedaban, de la portada del "Hola" de los Reyes Godos, pues eran casi como de la familia. Nos sonaban muchísimo. Ataúlfo nos sonaba por Radio Nacional, por el No-Do y por la Plaza Porticada de los Festivales de Santander: Ataúlfo era Ataúlfo Argenta, naturalmente, el Rey Godo con gomina y cara de tuberculoso que dirigía la Orquesta Nacional de España, entonces todo era Nacional de España, Radio Nacional de España, Telefónica Nacional de España. Recaredo nos sonaba porque tenía una calle, entre Menéndez Pelayo y María Auxiliadora: Recaredo había sido plenamente incorporado a los valores del Régimen, entre la Religión y el pensamiento rancio, por casualidad no lo pusieron entre el Corazón de Jesús y Jaime Balmes. Don Rodrigo era un apeadero de ferrocarril, donde el tren de Cádiz se detenía siempre cuando íbamos a tomar los baños, pasada la Virgen del Carmen. En cuanto a Wamba, era el mejor de todos. A Wamba lo llevábamos en los pies. Wamba eran las zapatillas blancas de tenis del veraneo: Wamba Pirelli.

Evidentemente, la dictadura no era ya lo que fue. Nos habíamos librado de la lista de los Reyes Godos y en vez de unas alpargatas teníamos unas Wamba Pirelli.

## Glorias de la calle de la Gloria

**LAMENTO NO RECORDAR el resultado de aquella encuesta** a modo de votación que hicieron una vez en una emisora de radio para que los oyentes dijeran qué pueblo de España tiene el nombre más hermoso. Para mí, desde las enciclopedias Dalmau Carles (que no Alvarez) de primaria, es Madrigal de las Altas Torres. Eso no es un topónimo, eso es el título de un poema. Dices "Madrigal de las Altas Torres" y piensas que Gutierre de Cetina está describiendo en Ecija unos ojos claros, serenos. No le pongo puertas al campo toponímico del Madoz ni a la Guía de Carreteras del Ministerio de Fomento, que quizá haya pueblos con nombres más hermosos aun que el que señalo. O calles. Hay calles que tienen nombres poemáticos. Muchos ayuntamientos las han rescatado de la memoria del pueblo, como en una excavación arqueológica. Quitaban el nombre del general Queipo de Llano y salía debajo: "Calle Mesones". Retiraban el rótulo de Calvo Sotelo y salía: "Calleja de la Herrería". El Puerto de Santa María está lleno de estos nombres poéticos de calles, hasta el punto de que cualquiera que llegue a la ciudad puede creer que el Ayuntamiento fue asesorado por el difunto Alberti. En El Puerto hay una de las plazas con nombre más bello de España: Plaza de las Galeras Reales. Y hay una calle de los Pozos Dulces. Tomás Terry puede poner en los membretes de sus cartas las señas más hermosas que ningún español puede mandar a la imprenta cuando se encarga recado de escribir: Calle Cielo esquina a Plaza de los Jazmines. Mi ciudad de Sevilla tampoco tiene mal gusto en los nombres históricos de las calles, muchos de los cuales van a ser rescatados. La que lleva al río desde la Catedral es la Calle de la Mar. En el Barrio de Santa Cruz está la Calle Vida. Cernuda vivió en la Calle del Aire, a la que parece que se le ha quedado título de revista de poesía, de hermoso que es. Como Callejón del Agua. Discurría por allí el agua del acueducto de los Caños de Carmona, por los muros del Alcázar, hacia el interior del palacio, y se le quedó Callejón del Agua.

O calle Gloria. Tan convencidos estamos a veces de vivir en ella, que se lo ponemos de nombre a las calles. En Sevilla hay una calle Gloria. En Cádiz, otra. Ahora que me he puesto a pensar hermosuras del callejero, al modo de aquel concurso radiofónico, he echado a pelar ambas calles de las dos ciudades fundadas por Hércules, la calle Gloria de Sevilla, la calle Gloria de Cádiz. Y no sé con cuál quedarme. La calle Gloria de Sevilla, corazón de Vida y de Agua del barrio de Santa Cruz, va de la Plaza de Doña Elvira, que suena a bolero de Carmelo Larrea, a la plaza de los Venerables, que son los Venerables Sacerdotes, la tercera edad de los tonsurados acogidos en el asilo que allí se levantaba y que ahora alberga una fundación cultural. Pero es que la calle Gloria de Cádiz... La calle Gloria de Cádiz está en las estribaciones portuarias del barrio de Santa María, donde la ciudad medieval se abre al muelle. Va de Plocia a Sopranis, junto a la Fábrica del Tabaco que venía directamente de Cuba, cuando en Cádiz era más fácil coger el barco para ir a tomar café a La Habana que la diligencia para llegar a Madrid. La calle Gloria de Cádiz es aún más estrecha que la de Sevilla. Calles tan estrechas que puedes tocar ambas paredes con las manos. Calles como hechas para un Santo Tomás que toque la cal de sus muros y crea en la belleza. Si la calle Gloria de Sevilla está abierta a los pregones, es como una siesta evocada por el poeta Alejandro Collantes de Terán, que allí vivió, la calle Gloria de Cádiz le busca las vueltas al viento de levante, como todas las arteras esquinas del barrio de Santa María. Desde la calle Gloria de Sevilla se oyen las campanas de las espadañas de los conventos. Desde la calle Gloria de Cádiz se oyen las sirenas de Ulises de los barcos del Muelle Ciudad.

Estaba por inclinarme por la calle Gloria de Sevilla, hasta que un olor a pan, en la gaditana, paradisíaca calle, venció definitivamente la balanza del lado de la mar,

a costa del río. Cádiz tiene hermosos hasta los nombres de sus hornos panaderos: Horno de la Rosa, Horno de la Gloria. En esa partición del mundo, confieso mi predilección por el Horno de la calle Gloria. Entrar por la calle medieval y el olor del Horno de la Gloria te lleva directamente a ella. Olor antiguo de pan recién hecho. Los largos mostradores del comercio del obrador, donde te venden los dulces, las piezas de pan. Y los picos. Los andaluces llamamos picos a los que en otros sitios son colines o grisines. Esas piezas minúsculas de pan, como picos de bollos que hubieran emancipado y ganado la independencia. Los picos de la Gloria son una gloria. Picos más medievales que el trazado de la calle, que el olor de su horno. Picos que tienen que alardear de cercanía de la iglesia de Santo Domingo, porque a leguas se les ve su hebraico origen. Picos de ajonjolí, minúsculos, con todo el sabor de las especias de una ruta que por estos muelles cercanos pasaba un día. Alardean los italianos de sus grisines piamonteses, lombardos, y es porque Europa no ha descubierto los picos de ajonjolí de La Gloria gaditana. Los he visto copiados por muchos sitios de España, pero no llegan a los picos de La Gloria. Llegan, todo lo más, a picos del Purgatorio. Porque la Gloria de los picos está en Cádiz. Con toda la fama piquera que lleva Jerez, la lana medieval y hebraica del ajonjolí está en Cádiz. La capital de la provincia de los bellos nombres: Benamahoma, Zahara de los Atunes, Setenil de las Bodegas, Alcalá de los Gazules...

## La gloria del ático

**NACÍ EN EL SEGUNDO piso de una casa ya derribada, que estaba frente a la Catedral y en cuya cancela** ponía que había sido construida (o más bien reformada) en 1888. Nací sin honores de tres líneas siquiera de "natalicio" en los ecos de sociedad del periódico que llevaban bajo el brazo los canónigos que salían de la Catedral a las diez y media, tras sus gorioris latinos de la misa coral. Los honores de casa natal para aquel edificio que se llevó la piqueta ya estaban concedidos. Una lápida de mármol, colocada por la Real Academia de Bellas Artes, recordaba en la fachada del piso principal, bajo la ventana de hierro forjado más importante, que allí había nacido en 1855 el pintor Emilio Sánchez Perrier, un paisajista andaluz que trajo el impresionismo del Bosque de Barbizon a los pinares y las azudas de Alcalá de los Panaderos.

Todo lo importante de aquella casa ocurría en el piso principal. En el piso principal había nacido Sánchez Perrier y en el piso principal vivía don Alfonso Gutiérrez, administrador de Correos, cuyo nombre voceaba el cartero cuando tocaba la campanilla de la cancela en aquellas mañanas de corte de fluido por las restricciones eléctricas:

-- ¡Correo! ¡Don Alfonso Gutiérrez!

Como mi padre no era empleado principal de Correos, sino maestro alfayate, el cartero no pregonaba su nombre, ni nos traía cartas siquiera, porque todas las dejaba en el cercano taller de la sastrería; incluso los sobres de letra picuda que nos mandaban nuestras efímeras novias de los veraneos de la sierra. Nacer y vivir en un segundo piso me dio un cierto complejo de clase, porque aquello se veía a leguas que era lo menos importante de la casa. Se entraba por la cancela de la campanilla y del zaguán oscuro y marmóreo en aquella casa de partidos en la calle Bayona, y arrancaba una escalera lustrosa y siempre aljofifada y oliendo a limpio. Una escalera de mármol, con un barandal de hierro de fundición que

apeaba en un pilar rematado por una mágica bola de cristal azul, como de adivina de los dibujos del TBO o del "Jaimito". La escalera toda tenía un zócalo de azulejos trianeros con escenas de "El Quijote". En el colegio teníamos como libro de lectura "La emoción de España" de don Manuel Siurot y "El Quijote", y por aquellos azulejos yo siempre prefería la cervantina lectura. Siurot era un maestro de pueblo que había hecho un libro cateto, donde un niño repelente era llevado por su padre rico de viaje a Madrid y se maravillaba de la estación de metro de la Red de San Luis: "Si mis compañeros de colegio vieran esto..." Nada de lo que contaba Siurot estaba en la escalera. En cambio, todo Cervantes estaba en aquellos azulejos: la lucha contra los molinos, la salida de la venta, la aventura de "Clavileño", el famoso escrutinio del cura y el barbero...

De la mano de Don Quijote y Sancho subíamos hasta el piso principal, de puerta de caoba, de reluciente mirilla de latón donde una criada gastaba cada día todo el Sidol de la droguería de Telesforo. Allí empezaba nuestro complejo de infancia triste y pobre. Porque a partir del descansillo de don Alfonso, la escalera bajaba de categoría. Se acababa el mármol de los peldaños y empezaban las losetas hidráulicas. Se terminaban los floreos de fundición del barandal y comenzaba una barandilla de hierro pelado, sobriamente monacal. Nuestra puerta no era de caoba, sino de madera de pino, y la mirilla, por mucho Sidol que le diera Carmen, la tata vieja de La Puebla del Maestre, nunca estaba tan reluciente como la de don Alfonso. Nuestros balcones tenían mejor vista que los de don Alfonso: las palomas de la iglesia del Sagrario, las agujas de la Catedral, la adivinación entre arbotantes de la Montaña Hueca de Víctor Hugo. Pero no eran el piso principal. Éramos los vecinos pobres y segundones de una casa rica. Como hidalgos sin hacienda.

Veo ahora en las revistas gratuitas de ofertas inmobiliarias que tanto han cambiado los tiempos, que nosotros entonces hubiéramos sido felices, y hasta yo hubiera tenido una infancia de niño rico. Se han cambiado las tornas. Nadie quiere un principal, que es como les decían a los primeros pisos, por ruidosos, por contaminados. Todo el mundo aspira a vivir cuanto más alto, mejor. En la gloria del ático. En los grandes edificios de oficinas, cuanto más importante sea tu despacho, en una planta más elevada está. No es lo mismo un ejecutivo de la tercera planta que otro de la mágica, reverencial octava planta, donde está el despacho de presidencia y el gabinete del consejero delegado. En las empresas, señalan los pisos altos con el dedo índice y ya se comprende todo. El que está en la cuarta planta pone el dedo índice hacia el techo y te dice, para que lo comprendas todo:

-- Qué le vamos a hacer, chico... Lo han dicho de arriba.

Hemos vuelto a los barrocos rompimientos de gloria de los dorados retablos de las iglesias, donde arriba está siempre lo más importante, la paloma del Espíritu Santo, Dios Hijo, el ojo inmenso y triangular de un Dios Padre y Polifemo, y donde por abajo, por las calles y tablas inferiores, quedan las cosas sin la mejor importancia, aunque sean también de Martínez Montañés: el perro de San Roque, las flechas de San Sebastián, el plato con los ojos de Santa Lucía. Veo ahora las revistas gratuitas de ofertas inmobiliarias y llego a la conclusión de que, al cambio de los tiempos, nací prácticamente en un ático. De estar aún la casa en pie y de vivir don Alfonso el de Correos, qué contaminación tendrían que soportar en un primero él y su mujer Doña Pastora, con todo su golpe clasista de piso principal y de azulejos de "El Quijote" en la escalera de la mágica bola de cristal...

## Cortijo de los Mimbrales

### **HAY VECES EN QUE SE TIENE LA PRIVILEGIADA OCASION DE ESTAR EN UNA COPLA. Por ejemplo,**

*Bajo los puentes del Sena*, pasando en el barquito turístico, te acuerdas inmediatamente de la primera noche de amor de aquella artista que la cantaba, ¿era Raquel Meller? Hay veces en que coges el coche por una autopista y vas *Desde Santurce a Bilbao*, sin necesidad de remangarte la falda, de lucir la pantorrilla ni de pregonar sardinas frescas. Yo he estado en una copla andaluza. En una copla del Príncipe Gitano concretamente. Acabo de estar en el Cortijo de los Mimbrales: "Cortijo de los Mimbrales/ en la Baja Andalucía".

Si la letra hubiera sido escrita por un redactor de guías turísticas nos hubiera orientado bastante más que con los tópicos de vaqueros, marismas, cerrados y chavalillos del Príncipe Gitano. Nos hubiera dicho que el Cortijo de los Mimbrales está en la carretera A-483, kilómetro 30 de la carretera de Almonte a Matalascañas. Incluso precisa matices esta definición de punto kilométrico, tan informe sobre atascos de la Dirección General de Tráfico un domingo de verano por la tarde. Eso de la A-483 significa que está a la vera del Coto de Doñana, junto a la hermosa Madre de la Rocina, que es la laguna junto a la ermita del Rocío donde pastan las yeguas salvajes de la marismas y se miran en el agua los flamencos, las espátulas, los espurgabueyes y las garzas reales. Ese puente de la salida del Rocío es como una tarjeta de presentación que el Coro de Doñana saca a la carretera, con un fondo, además, de aldea y de ermita de la Blanca Paloma, que es como la Más Preciada y Divina Especie de cuantas aves anidan en las marismas y humedales de los caños del Guadiamar y del Guadalquivir.

Yo desconfiaba bastante de los hoteles con encanto hasta que llegué al Cortijo de los Mimbrales. Suele producirse un cierto desencanto en los hoteles con encanto de los que tanto se lee. Sería que del Cortijo de los Mimbrales no había leído más que la literatura folklórica del Príncipe Gitano, pero la verdad es que me llevé una agradable sorpresa. Como pionero de las playas del Coto de Doñana, a las que voy hace más de treinta años, yo conocía el Cortijo de los Mimbrales. Pero no por este nombre, sino por el que le daban los almonteños, un topónimo precioso, como de canción de María Dolores Pradera: Los Guayules. Los Guayules era un poblado de colonización ya medio abandonado, donde España vivió una historia de la autarquía propia de una película neorrealista, *el Bienvenido, Mister Firestone* del caucho. España, por culpa de la dictadura, estaba aislada del mundial ruido económico y sufría todas las carestías de las cartillas de racionamiento. Vivíamos en la otra cara de la moneda de curso legal de la sociedad globalizada. Franco quería que España fuera todo lo contrario: una autarquía. Una sociedad que se bastara a sí mismo, que produjera cuanto consumía, sin importarle las importaciones... porque nadie quería exportar nada a semejante tirano. Así se ocurrió a alguien del INI sembrar guayules en la marisma huelvana de la copla del Cortijo de los Mimbrales. Guayules, unos arbustos cultivados en grandes extensiones en Estados Unidos, que producen caucho, dicen, en cantidades industriales. Su nombre científico es *Parthenium Argentatum*. Sembraron la marisma, entre el Coto de Doñana, los pinares del camino de Moguer y El Rocío, de estos árboles productores del ansiado caucho. Como aquello estaba en el fin del mundo, hicieron un poblado de colonización, casi un *koljos* o un *kibbut* del franquismo: barracones con su escuela, su iglesia, su economato, su cantina. Dicen las malas lenguas que a pesar de todos los esfuerzos del autárquico INI y de los discursos de Franco, de las plantaciones de guayules de Almonte no salió caucho más que... ¡para hacer un tampón! Probablemente, el que selló el

abandono de la aventura imperial de los que, por etimología popular, los almonteños llamaban *los aguayules*.

Volvió el Cortijo de los Mimbrales a ser lo que era: una explotación agraria en la marisma huelvana de la copla. Buenas peras y buenas sandías que vendían allí, que los veraneantes comprábamos al volver de la playa. Terminado el sueño del caucho, aquello deba la impresión de un poblado abandonado de la United Fruit en una novela de Miguel Angel Asturias. Creíamos que Los Mimbrales seguía así, hasta que un día nos hablaron del prodigio. Un vasco, don José Joaquín Aguirre, había comprado la explotación agrícola, donde produce naranjas que no tienen nada que envidiar a las manzanas doradas del Jardín de las Hespérides de Hércules, que por aquí cerca, en este ruedo de la marisma, se debió de encerrar con los famosos 6 toros, 6 de Gerión, un Miura mitológico. Pero aparte de dedicarse a los naranjales y a las frutas, el señor Aguirre había hecho algo realmente encantador: convertir el antiguo poblado de colonización en un hotel. Donde la antigua cantina, el bar y el restaurante. Donde los barracones de los colonos, bungalows más que simpáticos, decorados con el buen gusto de los ingleses, con sus cretonas, sus muebles de madera lavada, rotulados con el nombre de aves de la marisma en lugar de los impersonales números hoteleros. En las antiguas naves industriales, los salones, agradables como una casa particular, donde podemos ver las antiguas fotos del poblado y sus habitantes. En los jardines de naranjos, la piscina. Y el silencio de la marisma. Y la cercanía del Coto de Doñana. Y la tranquilidad. Ya digo, como vivir en el paraíso soñado de una copla: Cortijo de los Mimbrales. Y gracias a Dios, sin los topicazos de la andaluzada del Príncipe Gitano, sino con el paladar de un empresario vasco.